

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, FEBRERO 1º DE 1873.

{ NUM. 29.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL TRONCO DE ÁRBOL.

De cuantos inconvenientes resultan de una mala educacion, el que ofrece mayor materia de ridiculidad, y causa mas males, es el miedo. Este vicia el ánimo, altera la gracia, impide continuamente el vuelo de los pensamientos, y tiene el alma reducida á los estrechos límites de la debilidad y estupidez. Por lo tanto ha de ponerse la mas escrupulosa atencion en preservar la infancia contra esas imágenes espantosas, descripciones de subterráneos y cavernas; y contra otros cuentos de duendes, con que las mas gentes acostumbran herir la imaginacion de las tiernas doncellas que están confiadas á su cuidado, y se forman el cruel divertimento de turbarles con espantos continuos y horrorosos sueños las dulces noches y dias apacibles de su feliz inocencia.

M. de Mirecourt, antiguo arquitecto famoso, habitaba despues de mucho tiempo en un palacio viejo, situado cerca de los montes de Senars. Se habia complacido en reunir en aquella agradable y pintoresca mansion cuanto el arte puede añadir á la na-

turalidad. De todas partes venian gentes á admirar los adornos que M. de Mirecourt habia acumulado en aquella mansion, tan vasta como suntuosamente hermosa.

Madama de Valville, hija única suya, esposa y viuda de un distinguido artista, venia comunmente á pasar el verano en el palacio de su padre, acompañada de sus dos hijas Hersilia y Victorina. Una y otra hermana á quienes la naturaleza habia dotado de agraciado rostro y amable génio, eran queridas igualmente de su madre. Parecia que esta respetable viuda queria resarcir con su ternura y suma bondad á las hijas de la pérdida que habian experimentado con la falta de su padre, principal arrimo suyo, y su primer maestro.

Madama de Valville llevaba frecuentemente muy adelante el amor que profesaba á sus hijas. El temor de oponérseles en la menor cosa, y de perder su inclinacion y confianza, la llevaba mas allá de los límites de la indulgencia, en tanto grado, que insensiblemente habia perdido la autoridad materna.

Entradas apenas Hersilia y Victorina en la dichosa edad de la adolescencia, lo hacian ya todo á la voluntad de sus antojos. Así que formaban un proyecto, seguíase inmediatamente su ejecucion; luego que se mostraban deseosas de un dije ó guapo traje,

los lograban sin la menor demora; y si querian ir al palacio de su abuelo, volverse á Paris, restituirse de nuevo al lado de M. de Mirecourt, y recorrer en un instante todos los contornos de su dilatada posesion, se disponian al punto los caballos, y la indulgente madre se tenia por muy feliz de poder satisfacer en todo los menores deseos de sus dos hijas.

M. de Mirecourt, que hallaba en estas nietas todo el embeleso y consuelo de sus avanzados dias, las echaba á perder todavía mas que su madre. Nunca habia tenido valor para hacerles la menor reprehension, ni probar su paciencia con ninguna dificultad. Juguetearse con ellas, acariciarlas sucesivamente, referirles incesantemente cuentos de abuelas, historias de sombras que se aparecian de noche, de brujas y duendes poseidos por el demonio, y celebrar el espanto que con frecuencia se veia pintado en el rostro é impulsos de Victorina y Hersilia: tal era la manía estraña de este anciano, que en ello tenia su mayor gozo.

Se discurre muy bien que semejante educacion hubo de perjudicar mucho á las amables prendas de ambas doncellas. Tocada su imaginacion desde la niñez de mil pinturas y relaciones á cual mas espantosas, las habia conducido hasta temblar al menor ruido, y estremecerse con el mas sencillo suceso.

Mientras que no pasaron de una edad en que todo es excusable, este pueril espanto divertía á M. de Mirecourt y á cuantos concurrían á su casa; pero llegada la época de la adolescencia se hizo tan molesto este continuo falso miedo, que Madama de Valville y su padre resolvieron emplear todo género de trazas para corregir á ambas hermanitas, que servían diariamente de mofa y juguete en cuantas concurrencias se presentaban.

No se destruyeron fácilmente unas impresiones que se habrían reiterado tan frecuentemente. Solo conmociones extraordinarias son capaces de desarraigar los resabios de una mala educación. Hersilia fué la única que tuvo bastante vigor para vencer gradualmente aquel pusilánime estupor, que tanto la atormentaba, y que le acarrea tantos bochornos. Teniendo mejor complexión y genio que Victorina, se armó de resolución y espíritu, y logró, no sin muchos esfuerzos, hacerse menos medrosa, y aun burlarse de todas las extravagancias á que este visible defecto arrastraba diariamente á su hermana.

La pobre Victorina, cuya cabeza estaba impresionada siempre con los cuentos de su abuelo, había caído insensiblemente en una pusilanimidad que se enseñoreaba en todas sus potencias. Así que un desconocido se dejaba ver en el palacio, era, según ella, un malhechor que quería matarla; luego que un perro de los corrales penetraba en lo interior de la casa, era un animal rabioso que venía á despedazarla; cuando se oían las campanas de las aldeas inmediatas, era que tocaban á rebato á causa de un tumulto ó incendio; si algunos quintos, que pasaban á incorporarse con sus banderas, se paraban junto al palacio para descansar y tomar algún refrigerio, veían los ojos de Victorina un ejército enemigo que iba á llevarlo todo á sangre y fuego: en una palabra, abultándose por su imaginación todos los objetos que se presentaban á su vista, no veía en todas partes mas que fantasmas, foragidos, muerte, pillaje y destrucción.

Madama de Valville, que se condolía, bien que tarde, de la flaqueza de Victorina, trató en balde de destruirla. Para conseguirlo, no se apartaba ya del lado de su hija, la hacía dormir en su cuarto, y no permitía que contasen en presencia de ella el menor lance serio ni fabuloso.

Una tarde que Madama de Valville se paseaba sola con sus dos hijas en lo interior del soto del palacio, oyeron detrás del bosquecillo lastimeros ayes, que se asemejaban á los de una criatura. Victorina se queda parada de repente, y dice gritando: «¡Es el hijo del jardinero, que le están asesinando!—¡Qué error el tuyo! le dijo Madama de Valville; en este soto tan bien cerrado por todas partes, no pienses en eso, hija. Adelantémonos, y véamos lo que puede ser.—Sí, repuso Victorina mas espantada todavía, es la voz de Pablito al que asesinan, ó bien que se ahoga en el estanque mayor.—Nuevo motivo, repuso la madre, para ir volando á socorrerle.—Sin duda, hermana, añadió Hersilia; no es tan grande el mal como te lo discurre: vaya, ven como nosotras.» Á estas palabras lleva por fuerza á Victorina hacia el paraje en que se oían los gemidos. Bien pronto llegan hasta él, y descubren un corderillo, cuyo pié se había trabado en una estaca, y que no habiendo podido ir con los otros al establo, se esforzaba balando para desembarazarse. «¿Qué veo? exclamó Victorina; ¡es Querido! es él mismo; todavía lleva en el cuello la cinta color de rosa que le prendí el otro día.» Al decir esto se arroja hacia el corderillo, le desprende de la estacada, tómale en sus brazos, y le hace los mas tiernos halagos. «Ves bien, hija, le dijo Madama de Valville, que si hubiéramos cedido á tu miedo falso, no hubiera podido salir el pobre animalillo del estorbo que le embarazaba, y perecido quizá esta noche de hambre y sufrimiento.»

En otra ocasión recorría Victorina sola con su madre los confines de los montes de Senars, hasta los que nunca había tenido espíritu para adelantarse, mirándolos como una guarida de todos los foragidos de diez leguas á la redonda. No podía menos de admirar aquellas dilatadas calles de árboles que se pierden con el horizonte, y de recrearse en los fres-

cos sombríos, fragancia de las plantas aromáticas, de las madre selvas silvestres, y mas particularmente con el melodioso cántico de las aves de toda especie, que tienen su estancia en aquellas apacibles moradas. Queriendo aprovecharse madama de Valville del embeleso de su hija para domar su timidez, la conducía de árbol en árbol, y sin sentirlo iban internándose en los montes. «Confiesa, le decía la madre, que es un gusto el respirar bajo estas ramas y hallarse tan cerca de esos innumerables pájaros que la arroban á una con sus cánticos.—Sí, señora, respondió Victorina adelantándose como por encanto: es una vista deliciosa; el aire que una respira aquí, lleva una dulzura, y no sé qué encanto al alma.....» Pero de repente se para, tiembla, y perdiendo el color, dice á su madre: «Pongámonos en salvo, ó quedamos sin vida.—¿Qué nuevas visiones son esas, hija?—¿No ve vd. al través de esas ramas espesas á un ladron que se encamina hacia nosotras?—No descubro nada absolutamente.—Le repito á vd. que nos está mirando, y acude volando; tiene seis piés de alto, con no sé qué de cabelludo en la mano: sin duda es la cabeza del último infeliz á quien acaba de matar. Abracémosnos, madre; el monstruo va á asesinarnos.....» Al acabar estas palabras, Victorina, pálida y trémula, se acogía al seno de su madre. Déjase oír en efecto un ruido detrás de las ramas; y el bandolero alto de seis piés, y con una cabeza ensangrentada en la mano, no era mas que un lindo pastorcillo de unos doce años, que habiendo alcanzado á ver á las dos damas, acudía á proponerles que comprasen un nido de tórtolas, que

acababa de encontrar en el monte. Madama de Valville no pudo menos de reirse á carcajadas del terror pánico de Victorina, que se vió ella misma obligada á confesar su flaqueza. La medrosa doncella compró el nido del pastorcillo, quiso cuidar ella sola de las dos tortolillas que en él había; y corriendo de su espanto á la vista de esta preciosa pareja, símbolo de la ternura y mansedumbre, formó por la primera vez la resolución de sujetar su ridícula pusilanimidad.

(Continuará.)

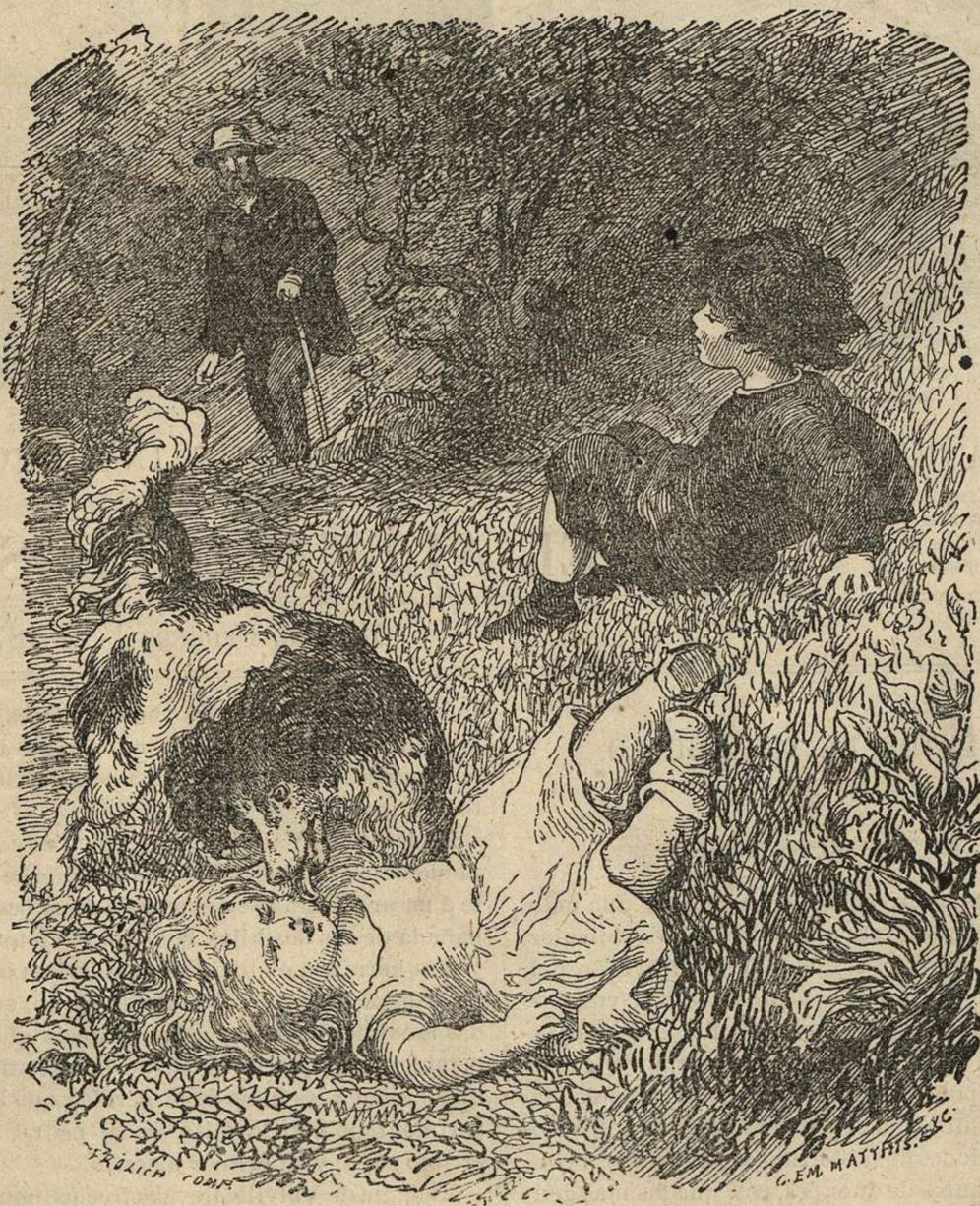
## LA VERDAD SOSPECHOSA.

(FABULA.)

Llevaban á enterrar dos granaderos  
Al soldado andaluz Fermin Trigueros,  
Embrallon sin igual, que de un balazo  
Cayó sin menear ni pié ni brazo.  
—¡Hola, sepultureros!  
(Les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?  
—Murió (contesta, de los dos, el uno).  
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,  
Y oyendo la espresion, dice con sorna:  
Lo que es por la presente,  
Me figuro que vivo, mi teniente.—  
A lo cual replicó su camarada:  
No dé usted á Fermin crédito en nada.  
Siempre embustero fué: su fin es cierto;  
Pero aun miente el bribon despues de muerto.

Quien falte á la verdad, con eso cuente:  
Dirá que hoy Dios, y le dirán que miente.

## VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



### XLIII

La vista de una persona que va rodando hasta el abismo, es lo que se llama horrible; con razon la señorita Elena cerró los ojos para no verse á sí misma en tan espantoso trance. Sabe Dios hasta cuándo pensaria tenerlos cerrados, si no hubiera sentido de repente ¡qué horror! algo como una enorme lengua que le pasaba por la cara.—«¡Fernando!» gri-

tó; «¡un león! ¡un león que me quiere comer!!!»—«¡Jesus nos valga!» contestó el valeroso niño, abriendo cada ojo como un zaguán para ver al rey de las selvas; pero, con mejores informes, dijo á su azorada prima:—«No, si es el Gontran; y allá viene papá tras él.»



XLIV

Elena se levantó solita; á Fernando tuvo que ayudarle su papá. Escusado es decir que nuestros dos intrépidos viajeros están contentísimos de haber vuelto de Africa tan pronto. Para colmo de felici-

dad, el bueno del Gontran se encontró al Sancho muy calladito tras un matorral, le tomó del collar, y se lo llevó á su ama. ¡Loado sea Dios! ¡todo el mundo ha vuelto sano y salvo!

CARTAS A LOLA.

CARTA VII.

Aunque todos tus prójimos te merecen amor ó indulgencia, hay cierta clase de personas que además te merecen mucho respeto; me refiero á los ancianos. Nada hay tan indecoroso como un niño ó un jóven, que lejos de respetar escarnece á las personas á quienes los años han encanecido la cabeza. Nada, por el contrario, tan agradable, como un jóven que los respeta y que escucha con atencion los consejos que recibe de ellos.

Hay algunos rasgos históricos muy hermosos, referentes á este asunto; entre ellos aquel muy sabido de los jóvenes Espartanos, quienes estando en los juegos olímpicos, hicieron lugar entre ellos á un anciano de quien se burlaban los Atenenses. Para demostrar que aun aquellos que no practican una virtud saben aplaudirla y estimarla, recuerda que, en el momento en que los jóvenes Espartanos se levantaban respetuosamente ante el anciano, se alzó un aplauso unánime en el lado en que se hallaban los Atenenses, pues aunque ellos estaban muy lejos de poseer aquella virtud, supieron admirarla y comprenderla. Se refiere otro rasgo no menos bello de Alejandro, el célebre conquistador Macedon. A pesar de que toda la gloria de que se hallaba rodeado era mas que suficiente para ensoberbecerle, sabia humillarse al solo aspecto de la vejez. Se encontraba una vez calentándose cerca del fuego, y advirtió que entre sus soldados estaba un hombre agobiado bajo el peso de la edad y que tiritaba de frio; levantóse, y «con aquella misma mano que habia derribado el imperio de Darío, tomó al entorpecido anciano y le condujo á su propio asiento»

Ya ves qué hermoso se muestra el carácter de Alejandro en esa ocasion; ya ves que los Espartanos, pueblo floreciente entonces, nos presentan un rasgo no menos hermoso.

¡Ojalá y los bellos ejemplos que te he citado, basten para despertar ó fomentar en tu corazon el sentimiento del respeto á la vejez! Cuando veas un anciano, hazte el cargo de que no siempre has de ser una niña como ahora; algun dia verás tu cabeza tan blanca como la suya, y entonces verás con agrado que los jóvenes te rodeen de respeto y atenciones; pero para eso es necesario que tú hagas ahora lo que entonces te agrada que hagan contigo, porque es inmutable la ley que dice que hemos de ser medidos con la vara que midamos.

Además del respeto, debes usar la indulgencia para con los ancianos. Ellos ya están cansados de la vida, ya no es posible que tengan los mismos gustos y los mismos placeres que los jóvenes; así es que no pueden estar de acuerdo con ellos; pero á estos toca tolerar sus defectos, no contradecirles, oír con atencion sus consejos, que son el fruto de larga esperiencia, y rodearles de sus atenciones.

En una de mis pasadas cartas te dije, si mal no recuerdo, ó te indiqué por lo menos, que era una falta de educacion en una niña, el tomar la palabra cuando hablan las personas formales. Jamás hagas tú semejante cosa, sobre todo cuando habla un anciano; además de ser una falta de educacion, es una petulancia intolerable; el niño que hace eso, da á entender que se juzga capaz de alternar con las personas que por solo su edad tienen mucho mas saber que él. No, yo no creo que tú cometas esa falta; pero, sin embargo, vuelvo á recomendarte que nunca muevas tus labios cuando hablen las personas mayores, si no es para contestar á las preguntas que te dirijan; y aun en este caso debes cuidar de que tus palabras sean mas comedidas, que no se te escape ningun cuento, chanza, ó cosa por el estilo. Mas concluyo aquí mi carta, por temor de que te canse su lectura.

MAGDALENA.

Enero 20 de 1873.

LOS CUERNOS DE LA LUNA.

(FABULA.)

Dijo Esopo (y si Esopo no lo dijo, Lo digo yo por él) que cierta noche, Del cielo en la mitad parando el coche, Dió la luna en verter llanto prolijo.

Oyéndolo una estrella, Le preguntó: «¿qué tienes luna bella?» Y ella le contestó: «¿ves ese globo Que de mi luz disfruta en blando arrobo Cuando yo por las noches lo ilumino? Pues es la tierra, cuya inicua gente Cuernos dice que tengo; pero miente, Pues nunca, nunca me los dió el destino.»

—«¿Qué te importa, la estrella le contesta, Que eso digan de tí?»

—«Nada me importa;

Pero siendo bonita y siendo apuesta, Me carga que esa gente descompuesta Me atribuya tambien cara de torta. Y aun esto lo perdono, porque al cabo Peor es dar á los cometas rabo; ¡Pero eso de colgarme Nada menos que cuernos Esa gente procaz de los infiernos! ¿Quién así la ha enseñado á calumniarme? ¿No se ve claramente En mi luz, sobre todo si es creciente, Que no me adorna cornamenta alguna? ¿Cómo, pues, todos, con error nefario, Dan en decir los cuernos de la luna, Sin convencerlos con razon ninguna Ni aun mi luz que les muestra lo contrario?»

«Ay! replica la estrella, cierto es eso: Mas ¿cómo esperas tú que tenga seso La tierra ante tu luz nevada y fria, Cuando hay allí calumnias endiabladas Que pasan por verdades demostradas Aun á la viva luz del claro dia?»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO IV.

Del vestido que debemos usar dentro de la casa.

(Concluye.)

X

Es por lo tanto intolerable en un hombre el uso de la chaqueta, ó de qualquiera otro vestido que no sea casaca ó levita, para recibir visitas. En cuanto á la bata, esta es una especie de caricatura en materia de sociedad, de que deberá huir todo hombre juicioso y bien educado.

XI

El hombre que ha contraido la costumbre de permanecer dentro de la casa con la cabeza cubierta, no debe olvidar descubrirse en el momento en que tenga que recibir á un estraño; y en el caso de impedirselo alguna enfermedad, debe manifestarlo así al acto de presentarse y saludar. Mas en tratándose de una persona de etiqueta, como quiera que seria impropio y chocante el permanecer cubierto delante de ella, en el caso espresado será preferible no recibirla, á menos que su visita tenga por objeto un negocio de gravedad y urgencia.

XII

Igual conducta debe observar una persona, ya sea mujer ú hombre, cuando una enfermedad la obliga á estar desaliñada y en traje impropio para recibir; presentando entonces sus excusas á las visitas de confianza, y absteniéndose de recibir las de etiqueta que no tengan un carácter urgente.

## XIII

Al sentarnos á la ventana, consideremos que vamos á ofrecernos á las miradas de todo el que pasa, y que no hay entonces razon para que aparezcamos con menor compostura que cuando recibimos visitas.

## XIV

Bien que la casaca ó levita sea siempre el vestido mas propio para sentarnos á la mesa, no hay inconveniente en sustituirlo con cualquiera otro menos serio, con tal que no sea una bata, cuando solo estamos acompañados de las personas con quienes vivimos en familia; pero téngase presente que el que por enfermedad ó cualquiera otro impedimento no puede estar en la mesa perfectamente vestido, debe retirarse á comer en su aposento.

## XV

La levita no es traje propio para sentarnos á la mesa con personas de etiqueta, ni aun con aquellas que no siéndolo, forman sin embargo, una reunion extraordinaria que participa ya en algo del carácter de un convite. Tanto en nuestra casa, como en las ajenas en que nos halleemos hospedados, tendremos el cuidado de vestir casaca en tales casos.

## XVI

A los eclesiásticos, á quienes como se ha dicho puede tolerarse el uso de la bata, no les está en manera alguna permitido para sentarse en mesa redonda ó de familia. Si no acostumbran para tales casos un traje secular serio, tomarán un vestido talar negro que les cubra todo el cuerpo.

## XVII

En las posadas, y en las casas particulares donde estemos hospedados, seremos todavía mas estrictos y cuidadosos en todo lo que mira á la seriedad y decencia de nuestros vestidos. Por regla general, no nos sentaremos jamás en ellas á la mesa sino de casaca ó levita; y fuera de nuestro dormitorio, deberá ser este nuestro traje habitual, á menos que estemos bajo un clima ardiente, que nos fuerce á usar de la chaqueta ó de cualquiera otro vestido ligero y sencillo.

## XVIII

Tambien debe ser objeto de nuestros cuidados el vestido que han de usar dentro de la casa los niños que nos pertenecen, no permitiendo jamás que permanezcan desnudos ni andrajosos. Cuando vemos á un niño en este estado, no nos ocurre ni puede ocurrirnos ningun cargo que hacer á aquel inocente; pero sí formamos desde luego una idea bien desventajosa de la educacion de su familia.

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El bien y el mal se hallan el uno cerca del otro en el alma del hombre.

Si el segundo vence al primero por falta de educacion, cae el hombre mas abajo de sí mismo.

Pero la educacion que promueve la bondad, le eleva sobre sí mismo.

Por la educacion es por lo que primero llega á ser el hombre verdadero hombre.—PLATON.

Mientras que el alma del jóven no haya adquirido fuerza moral, debe mantenerse lo mas lejos posible del contacto del mundo; porque sus pecados contaminan á los inespertos.

Los niños no deben en cierto modo asistir á los juegos, porque sus vicios les lisonjearán mas fácilmente, por medio de libres representaciones.

Los pupilos deben ejercitarse en la contemplacion.

El cuerpo debe ser tratado con cierto rigor, para que el alma no se haga indócil.

Es bueno para el jóven que escoja algun noble hombre como modelo.

Mas el jóven no debe permanecer mucho tiempo en esta sencillez; porque vendria á ser un medio de entregarlo al mal.

No debe omitirse el decir la verdad á aquellos que han faltado; porque el conocimiento de nuestras faltas, es el principio de la enmienda.

Y aunque parezca que la verdad no halla entrada, el corazon á menudo la siente.

Para las almas nobles, el trabajo es la nutricion. No es bastante haber comenzado nuestra educacion, es menester continuarla.

Es mejor que un jóven sea serio y no que sea amante del placer y un favorito en las grandes asambleas.

Porque sucede con los jóvenes lo que con el vino; aquel que está agrio cuando está nuevo, adquiere con el tiempo un delicado sabor; pero el que está dulce al principio, se hace agrio.

Las almas nobles se escitan fácilmente con lo que es noble.

No es lo mas importante los muchos libros que se lean, sino el valor de ellos.

Para corregir las debilidades de los niños, es preciso hablarles á menudo con ejemplos.

Debemos tender á reformar los deseos depravados. El alma debe ser disciplinada, tanto como el cuerpo.

Si la instruccion en la sabiduría y en la virtud ha de hallar en el alma un buen terreno, deben arrancarse primeramente de ella la ilusion y el error, y el entendimiento se cultivará.

Así como las hojas no pueden crecer verdes por sí mismas, sino que necesitan un tallo por donde chupar el jugo, así aun los mejores principios desfallecen si se plantan solos y no están basados en principios fijos de educacion; esto es, en el conocimiento de lo que es recto y consistente con la virtud.

La bondad no puede desarrollarse en el hombre, sino hasta que su razon ha sido educada.—SÉNECA.

## EL NIÑO MONO.

(FABULA.)

A Curro el figurero,  
Grande remedador y gran gesterero,  
Llevó su padre á ver con otros chicos  
Una porcion de monos y de micos,  
Que, prévia la licencia del alcalde,  
Un charlatan al público enseñaba,  
Ya se deja pensar que no de balde.  
Cualquier extravagante monería  
Que uno de los cuadrúpedos hacia,  
Currito la imitaba;  
¡Pero cómo! tan bien, que sin empacho  
Con los bichos podia  
Competir y vencerlos el muchacho.  
Verle saltar allí, verle rascarse,  
Quebrantar una nuez, una avellana,  
Y al encontrarla vana  
Escupir y enfadarse,  
Fué ver, no una persona,  
Sino la mas estrafalaria mona.  
—Usted con su cuadrilla  
(Le dijo en esto al charlatan el padre)  
Por fuerza gana patacones buenos,  
Porque en verdad, compadre,  
Para animales, de razon ajenos,  
El instinto que tiene, maravilla:  
El habla solo se les echa menos.  
—Ahí, Señor Don Roque  
(Respondió el charlaten), ahí es el toque.  
Seis años hace que ando  
A realitos ahuchando  
Cantidad que resulte razonable  
Para poder comprar un mono que hable.  
Ya, gracias al Señor, junté el dineró;  
Mas no hallo mono como yo le quiero.  
Aquí mi charlatan vuelve la cara,  
Y en las diabluras de Pachin repara.  
—¡Jesus! (esclama con asombro chusco)  
Esto es lo que yo busco.  
Un mono verdadero,

Pero blanco, pelon, buena figura,  
Diestro para llevar nuestro vestido,  
Y que hable por cualquiera coyuntura.  
Ya dí con él por fin; ya ha parecido  
El animal famoso  
Que yo busqué afanoso  
Por todo el mundo, caminando á pata.  
Si me le vende usted, me hago de plata.

Erraba el charlatan: sobrado abunda  
La raza de monillos con calzones,  
Que divierte de balde los salones  
Con esa habilidad, que Dios confunda.

## EL GUSANO Y LA MARIPOSA.

Una mañana de verano muy temprano, cuando el sol comenzaba á derramar sus rayos sobre los campos, y los pájaros gorjeaban alegremente en la enramada, un verde gusanillo, arrastrándose por un sombrío sendero, iba buscando su alimento cotidiano. Tenia este hermoso insecto sobre el lomo siete brillantes fajas de colores, y otras tantas manchas redondas á cada lado, con diez y siete patitas que movia lentamente.

Al mismo tiempo un pajarillo salió de la maleza, tambien en busca de alimento, y á haber visto al gusanillo hubiera podido satisfacer en un momento su apetito matutino; pero como el insecto no ignoraba que tenia á la vista un enemigo, no hizo movimiento que llamase su atencion y se mantuvo inmóvil hasta que le vió salir volando. Torció entonces su camino hácia un añoso árbol, á cuyo pié estaban esparcidas algunas tiernas hojas; y sin duda eran estas el alimento que habia estado buscando el gusanillo, pues inmediatamente se detuvo sobre ellas y empezó á roerlas.

Por muchos dias permaneció allí el animalito, contento con su alimento y calentado por los rayos del sol; pero al fin abandonó el árbol y estuvo vagando por todas partes hasta que tropezó con un viejo poste todo lleno de agujeros. Allí se puso á fabricar su habitacion, y la hizo tan perfecta como la que la araña construye para sí con tanta paciencia como industria.

Todo el dia estuvo el animalito colocando sus hilos de seda uno á uno, y antes de amanecer ya tenia concluida una casa en la que quedó encerrado.

Era esta habitacion larga y angosta, cerrada por ambos extremos, y estaba pendiente del carcomido poste por unos pocos y delgados hilos; no tenia puertas ni ventanas, y nadie hubiera podido adivinar cómo se habia metido, ni cómo podria salir de ella aquel animalito.

Cerca de un mes estuvo encerrado en su escondrijo, sin salir á buscar alimento ni calentarse al sol; pero en un dia muy caluroso, hubo un pequeño movimiento en el interior de la casita, y sus paredes empezaron á crujir y á abrirse poco á poco.

Abierto uno de los extremos, salió, no el verde gusanillo, sino un insecto de graciosas formas, con alas salpicadas de bellísimos colores. Permaneció un instante sobre el poste para calentarse; y abriendo despues sus dos brillantes alas, voló al través de los campos hasta llegar á un jardin, donde se puso á revolotear entre las flores.

Pero ¿qué se hizo del verde gusanillo? Se ha transformado en la bella mariposa, gozando en este cambio de una vida mas libre y mas feliz. No de otro modo, el hombre que arrastra sobre la tierra una mísera existencia, dejará en ella el cuerpo que aprisiona el alma, y esta al fin volará á otras regiones para disfrutar eternamente de goces inefables.

## EL PERAL.

(FABULA.)

A un peral una piedra  
Tiró un muchacho,  
Y una pera esquisita  
Soltóle el árbol.

Las almas nobles,  
Por el mal que les hacen,  
Vuelven favores.